

Primer capítulo del libro *La Homeopatía ¡vaya timo!*

LA SUPUESTA LEY DE LA ANALOGÍA

Victor-Javier Sanz

La *iluminación* hahnemanniana

Samuel Hahnemann tuvo, al igual que Buda, una *iluminación*, mas no bajo las ramas protectoras de un frondoso árbol sino al lado de una simple corteza: la del quino, que conoció hacia 1790 mientras traducía por encargo de una editorial alemana *A Treatise on Materia medica* del gran médico escocés William Cullen (1712-1790). El interés por la corteza del quino radicaba en su propiedad curativa sobre las «fiebres intermitentes», propiedad debida a su contenido en quinina, un antipalúdico clásico. Sin embargo, la propiedad en cuestión se debía, según Cullen, al poder roborante o reforzante de la corteza sobre el estómago.

Cullen sostenía una doctrina muy personal al respecto: como los escalofríos preceden siempre a la fiebre, deducía falsamente que aquellos eran la causa de ésta. Un espasmo de los vasos terminales, causante de escalofríos, excitaba arterias y corazón y provocaba la aceleración del pulso, que constituía la fiebre. Como, según Cullen, el sistema nervioso es el origen de todas las manifestaciones vitales, los remedios sólo ejercen su acción sobre él. La quinina, por ejemplo, se mostraba eficaz porque provocaba una relajación de los vasos y, por consiguiente, cortaba la fiebre actuando sobre los nervios terminales de la mucosa del estómago.

Pues bien, Hahnemann, en un gesto escéptico que le honra, el único que se le conoce, dudó de esta teoría. Para entenderlo bien, recordemos que, siendo joven, había tomado corteza del quino para combatir unas fiebres intermitentes y que, a consecuencia de ello, sufrió una indigestión, lo cual no se avenía con la teoría de Cullen. Por tanto, ésta no podía ser correcta. Si la corteza del quino ejerce una acción tan enérgica sobre los nervios terminales de la mucosa del estómago, no es posible que provoque una indigestión. Lo más probable era que la quinina ejerciera su acción por otros caminos. Hahnemann decidió someter a prueba la cuestión expe-

rimentando consigo mismo, lo que puede considerarse un auténtico experimento crucial de la homeopatía, en el que, desgraciadamente, era juez y parte.

En efecto, Hahnemann no abordó el experimento de una manera plenamente imparcial. Ya durante la redacción de un folleto sobre enfermedades venéreas le asaltó la idea de la posibilidad de que la pomada mercurial curara la sífilis porque provocaba una segunda enfermedad semejante a aquélla, siendo esta enfermedad provocada artificialmente la que curaba la verdadera dolencia. Lo semejante cura lo semejante, y, al parecer, la acción de la quinina no se ejercía de modo distinto: la quinina curaba la fiebre intermitente porque a su vez provocaba fiebre intermitente.

Para probar este supuesto, Hahnemann tomó media onza de corteza del quino. Tal como esperaba, sintió que se le enfriaban inmediatamente las puntas de los dedos de pies y manos, experimentando a la par una sensación de fatiga general. Entonces su corazón empezó a palpar, se le aceleró el pulso y se le calentaron la cabeza y las mejillas; en una palabra, percibió todos los síntomas característicos de las fiebres intermitentes. Fue víctima de una autosugestión y había descubierto lo que quería descubrir. En realidad, todo había sido una ilusión, una profecía autocumplida. A grandes dosis, la quinina no provoca otro síntoma que zumbidos en los oídos. A manera de comentario a la teoría de la fiebre de Cullen, Hahnemann anotó estas palabras: «Las sustancias que provocan una clase determinada de fiebre resuelven todos los tipos de fiebre intermitente». En esta afirmación se pueden reconocer de inmediato los pecados mortales de índole intelectual de Hahnemann: una tosca subjetivización de la observación de los hechos y una irreflexiva generalización de los datos de una observación individual e incierta. Sin embargo, él exclamó con aire triunfal: «¡Fiebre contra fiebre...! ¡He ahí el secreto! Es el amanecer de una nueva era de la terapéutica» (citado por H. S. Glasscheib, *El laberinto de la medicina*, Destino, Barcelona, 1964).

En resumen, y para que el lector no se pierda, estos autoexperimentos consistían en ingerir altas dosis de la corteza del quino, lo que le producía un conjunto de signos y síntomas similares en algunos aspectos a los que en aquella época se llamaba «fiebre intermitente», término que hoy en día resulta muy genérico e inespecífico. Por otra parte, debemos tener en cuenta que la fiebre es un signo, no una enfermedad, y que existen varios tipos de fiebre según la forma de la curva que describen en el registro. Uno de esos tipos clínicos es la fiebre intermitente, caracterizada por alternar accesos febriles con otros de apirexia y, además, por ser común a varios procesos, entre los que podemos destacar las supuraciones, septicemias, sepsis urinaria y biliar, absceso de hígado y, por supuesto, paludismo.

Ante estos hechos experimentales, carentes, como acabamos de ver, del más mínimo rigor científico, el razonamiento de Hahnemann adquirió la siguiente forma: por una parte, la corteza del quino es capaz de curar la fiebre, tal como muestran los hechos. Pero, por otra, es capaz también de «producirla», o así se lo parecía en los autoexperimentos. En consecuencia, Hahnemann infirió causalmente que la corteza del quino es capaz de curar porque puede producir los mismos síntomas que la enfermedad que cura.

La cuestión no acaba aquí, pues Hahnemann necesitaba generalizar aún más su descubrimiento. Y para ello siguió experimentando en sí mismo y en voluntarios los efectos de los principales medicamentos de la época: belladona, árnica, áconito, mercurio, arsénico, nuez vómica, etc. Como era de esperar, los resultados obtenidos con todos ellos fueron semejantes al de la corteza del quino. Así se llega al culmen de la *iluminación* y Hahnemann establece, en pleno estado de gracia, el postulado o axioma fundamental de su doctrina, que dice así: *toda sustancia capaz de provocar ciertos síntomas (en el hombre sano) es, por ello, capaz también de curarlos (en el hombre enfermo)*. Y viceversa, para curar una enfermedad natural cualquiera, es necesario utilizar una sustancia medicinal que sea capaz de originar sus mismos síntomas (una enfermedad artificial) en el hombre sano.

Esta es la supuesta ley de la analogía o similitud y de ella deriva el nombre que Hahnemann dio a su doctrina: *homeopatía*, del griego *homoios*, semejante, y *páthos*, enfermedad. Sin embargo, el primero en enunciar tal principio fue Hipócrates: lo semejante se cura con lo semejante, *similia similibus curantur*. Hahnemann no fue, pues, tan original como se piensa. A pesar de ello, ese aforismo hipocrático pasó a ser el lema de la

homeopatía. Para complicar más el problema, algunos autores sostienen la tesis según la cual los descubridores de la homeopatía fueron los antiguos chinos:

Este poder de la dosis infinitesimal era conocido por los chinos. En ciertos tratamientos recurrían a una dilución del propio sudor del enfermo o de un animal doméstico afectado de la misma dolencia que él. Hua T'o, que practicaba la acupuntura con un solo pinchazo de aguja, prescribía en dosis infinitesimales, tomadas con mucha frecuencia, «los venenos que provocan en un hombre de buena salud los trastornos observados en el enfermo». Samuel Hahnemann, quien creía haber obtenido la revelación de su doctrina de las potencias celestes, había tenido precursores 17 siglos antes que él. (G. Beau, *Acupuntura. La medicina china*, Martínez Roca, Barcelona, 1975)

Cualquiera que sea la paternidad del principio del *similia*, el resto de la medicina, es decir, la vieja y agresiva alopátia, basada en el principio opuesto (lo contrario se cura con lo contrario, *contraria contrariis curantur*) y destinada a ser sustituida por la nueva ciencia, se encontraba en contraposición a la redescubierta homeopatía (véase el apartado «Medicina homeopática versus alopática» al final de este capítulo). No es de extrañar que Hahnemann exclamara jubiloso en la introducción al *Órganon*:

Tiempo era ya de que la sabiduría del Divino creador y conservador de los hombres pusiese fin a estas abominaciones e hiciera aparecer una medicina inversa.

Observe el lector el rigor y la expresividad científica del discurso hahnemanniano. Había nacido la secta (en su sentido etimológico y fundacional) de los homeópatas. Hoy en día son algo más modestos y afirman que no vienen a sustituir sino a complementar. Es importante precisar que tanto Hahnemann como el resto de los homeópatas han tergiversado el espíritu hipocrático del *similia*. «Hay enfermedades —decía Hipócrates— que se llevan a un desarrollo favorable por medio de lo contrario, y otras mediante lo semejante» (*Sobre las enfermedades*, cap. 51). En efecto, Hipócrates nunca consideró exclusivo ni predominante el principio en cuestión. Por el contrario, según él, el médico disponía de dos opciones igualmente válidas para combatir médicamente los estados patológicos: con medicamentos que provocaban en el enfermo efectos contrarios a los síntomas de la enfermedad padecida (lo contrario con lo contrario) o con medicamentos que producían síntomas semejantes a los de la enfermedad:

Erraría, sin embargo —dice Pedro Laín Entralgo—, quien identificase el hipocratismo con la antipatía y la alopatía. La lectura del *Corpus Hippocraticum* permite descubrir en varias de sus páginas una concepción homeopática del tratamiento. Aunque sin el menor dogmatismo —y, por supuesto, en un sentido que sólo en parte coincide con el hahnemanniano—, tres de sus escritos afirman con claridad el *similia similibus curantur*. Un pasaje casi aforístico de *Epidemias VI* aconseja usar, según convenga, lo semejante (*tò homoíon*), lo desemejante (*tò anómoion*) y lo contrario (*tò enantíon*); como terapeuta práctico, su autor confiesa a la vez la homeopatía, la alopatía y la antipatía [...]. Por tanto, habrá que tratar, según los casos, por los contrarios o por los semejantes. El médico hipocrático, casi siempre antípata y alópata, fue a veces claramente homeópata [...]. Homeópata en cuanto al *similia similibus*, no en cuanto al principio de las dosis refractas [del latín *refracta do-si*: a dosis repetidas y divididas] y a la doctrina de la «dinamización». (*La medicina hipocrática*, Revista de Occidente, Madrid, 1970)

“¿Habrán leído los responsables de la Organización Médica Colegial o de las facultades de medicina esta serie de desatinos cuando organizan cursos de homeopatía?”.

Consecuencias

Veamos a continuación algunos aspectos que se derivan de la aceptación de esa falsa ley o primer *homeochiste*.

La experimentación homeopática

La experimentación y observación de los síntomas y signos originados en el organismo por cada medicamento debe llevarse a cabo en el hombre sano. En efecto, según los principios homeopáticos, si se administrara a hombres enfermos, no podríamos ver sus efectos puros, ya que los síntomas producidos por el remedio se mezclarían con los síntomas de la enfermedad natural. Además, tampoco podríamos prescribirlos de forma adecuada, dado que la prescripción correcta consistirá en comparar los síntomas de la enfermedad con los síntomas que produce el fármaco en el hombre sano.

Por esa razón dice Hahnemann que el método más seguro y natural para encontrar los síntomas propios de un remedio consiste en ensayarlo separadamente

de otros y hacerlo en dosis moderadas y en hombres sanos. ¿Alguien se imagina a un farmacólogo actual experimentando la acción de la penicilina en dosis moderadas y en hombres sanos? Pero sigamos de momento con el método experimental *made in Hahnemann*, ya tendremos ocasión para la crítica. En ese método podemos distinguir los siguientes puntos:

1. Los medicamentos de naturaleza fuerte se administrarán en dosis poco elevadas, los de naturaleza menos fuerte en dosis más elevadas —si se quiere experimentar su acción—, y los de naturaleza débil se utilizarán en sujetos sanos pero de constitución delicada, irritable y sensible (*Órganon*, 121).
2. Sólo se emplearán medicamentos que se conozcan bien y tengamos la convicción de que son puros (*Órganon*, 122).
3. Cada medicamento se tomará bajo una forma simple y exenta de todo artificio: mezclado o disuelto con agua, con alcohol o con ambos, según el remedio de que se trate (*Órganon*, 123).
4. Cada sustancia se empleará y administrará sola y totalmente pura (*Órganon*, 124).
5. El hombre sano sobre el que se experimente tendrá un régimen muy moderado mientras dure la experiencia. Es preciso que se abstenga de especias y evite las legumbres verdes, las raíces y las sopas de hierbas pues, a pesar de la preparación culinaria, conservan siempre energía medicinal que turbaría la acción del medicamento (*Órganon*, 125).
6. El experimentador evitará, mientras dure la experiencia, los trabajos penosos de cuerpo y espíritu, así como los excesos y las pasiones desordenadas con el fin de describir claramente las sensaciones que experimenta (*Órganon*, 126).
7. Los medicamentos se experimentarán tanto en hombres como en mujeres (*Órganon*, 127). Observe el lector que la experimentación debe hacerse siempre en el ser humano; de hecho, Hahnemann se oponía a la experimentación animal.

¿Habrán leído los responsables de la Organización Médica Colegial o de las facultades de medicina esta serie de desatinos cuando organizan cursos de homeopatía?